

LXXV

Uno al otro á talar la selva exhorta
 Que ántes jamas sintió del hierro ultrajes:
 Caen las que segur filosa corta
 Palmas erguidas mil, hayas salvajes,
 Ciprés fúnebre, encina gruesa y corta,
 Del pino, abeto y fresno los ramajes,
 El olmo amado á quien la vid se arrima
 Y con torcido pié trepa á su cima.

LXXVI

Quién al tejo arremete, quién al roble
 Que mil veces sus hojas ha mudado
 Y mil veces al rudo choque inmovible,
 De los vientos la ira ha desafiado.
 Y hay quien sus golpes con furor redoble
 Al dulce mirto y cedro perfumado.
 Dejan de la hacha al ruido y voces nuevas
 Aves y fieras mil nidos y cuevas.

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO.

Conciliábulo infernal.

Los negros espíritus suben de los abismos á turbar la santa empresa.
 Belleza, halagos y engaños de la encantadora Armida.

I

Miéntas Gofredo en construir se afana
 Las máquinas que en breve usar resuelve,
 El enemigo de la especie humana
 Los torvos ojos hácia el campo vuelve,
 Y al ver adelantar la obra cristiana,
 Diabólico furor su alma revuelve;
 Sus labios muerde, y como toro herido
 La rabia desahoga en un mugido.

II

Luego le ocupa sólo el pensamiento
 Cómo á los fieles buscará su ruina,
 Y á su pueblo precito en el momento
 Reunir (¡concilio horrendo!) determina,
 Cual si posible fuera el loco intento
 De contrariar la voluntad divina.
 ¡Necio! que al Rey del cielo igual ser quiere
 Y olvida cómo Dios airado hiere.

III

Llama á los que en la sombra eterna habitan
De la tartárea trompa el ronco estruendo,
Los amplios antros de temor se agitan,
Rimbomba el aire con el ruido horrendo;
No con tan gran fragor se precipitan
Los raudos rayos el ambiente hendiendo,
Ni conmovida así trema la tierra
Por los vapores que su seno encierra.

IV

Pronto lanza el abismo por doquiera
Las numerosas turbas del averno.
¡Oh! cuánta horrible forma se aglomera,
Que expresan muerte, horror, dolor eterno:
Frentes en que de sierpes cabellera
Se agita ó doble retorcido cuerno
Amenazante. Larga inmunda cola
Que se arrastra, se enrosca ó enarbola;

V

Harpías mil soeces y rapaces,
Y centauros y esfinges espantosas,
Y Gorgonas y Scilas que voraces
Ladran, hidras silbantes escamosas;
Quimeras que de fuego arrojan haces,
Polifemos, Geriones de horrorosas
Formas, monstruos jamas vistos ni oídos
Con desconformes miembros confundidos.

VI

A la derecha parte y la siniestra
Vanse á sentar del torvo rey delante;
Pluton se asienta en medio, cuya diestra
Empuña tocoso cetro dominante.
Ni escollo el mar, ni roca el Alpe muestra
Ni Calpe excelso, ni sublime Atlante
Que en altura con él se ponga á prueba,
Si la gran frente y cornamenta eleva.

VII

De horrible majestad su aspecto lleno,
Pavor infunde, y su soberbia aumenta;
Arden sus ojos; su mirar veneno
Vierte, y cometa infausto representa;
Su rostro envuelve y al hirsuto seno
Baja la barba hispida y pecienta;
Y á guisa de vorágine profunda
La boca abre de negra sangre inmunda.

VIII

Cual sulfúreos vapores encendidos
Etna lanza y tronando el aire infesta,
De su aliento los recios resoplidos
Chispas arrojan y vapor que apesta.
Mientras habla, Cerbero sus ladridos
Cesa: á su voz la Hidra oído presta,
Cocito pára, tiembla Averno todo:
En truenos habla, y dice de este modo:

IX

“ Tartáreos dioses, de pisar la esfera
“ Del sol más dignos de nacidos fuisteis,
“ Que en pos de mí, de la region primera
“ A esta negra mansion de horror caisteis;
“ Cuál mi designio fué, cuál la severa
“ Ira que nos oprime harto supisteis
“ Del que cual rey sobre los astros brilla
“ Y como almas rebeldes nos humilla,

X

“ Y en vez que en dia esplendoroso y puro
“ Del áureo sol y estrellas disfrutemos,
“ Nos ha encerrado en este abismo oscuro
“ Y á antiguo honor nos veda que aspiremos;
“ Y luego ¡oh cuánto recordarlo es duro!
“ ¡Cuánto hace mis martirios más extremos!
“ Da al hombre á celestial lugar derecho,
“ Al hombre vil de fango inmundo hecho.

XI

" Ni eso le fué bastante: al hijo tierno
 " A muerte por dañarnos ha entregado;
 " Vino él, rompió las puertas del infierno
 " Y nuestro imperio fué á pisar osado;
 " Sacó las almas nuestras que en lo interno
 " Pusimos; vencedor, de ellas cargado,
 " Cual rica presa las llevó á la gloria
 " Y ostentó en mengua nuestra su victoria.

XII

" Mas ¿á qué mi dolor renuevo hablando?
 " ¿Quién ya de nuestro agravio hay ignorante?
 " ¿En qué parte se oyó decir ó cuándo
 " Que cesara en su empeño un solo instante?
 " No en lo antiguo se debe estar pensando,
 " Sino en la actual ofensa palpitante.
 " Qué ¿no mirais ahora cómo intente
 " Toda á su culto reducir la gente?

XIII

" ¿Y nosotros verémos en holganza,
 " Impasibles, pasar hora tras hora,
 " Dejando en tanto más y más pujanza
 " Tomar en Asia al pueblo que le adora?
 " ¿Que á Judea subyugue y su alabanza
 " Cunda y crezca de Ocaso hasta la Átóra,
 " Que en otras lenguas y otros vérsos suene,
 " Y en bronce viva y mármoles perenne?

XIV

" ¿Que los ídolos nuestros derribados,
 " A él nuestros altares pertenezcan;
 " Cultos á él solo sean tributados,
 " Y oro, mirra é incienso se le ofrezcan?
 " ¿Que en nuestros templos nunca ántes cerrados
 " Ya jamas nuestra voz y artes parezcan?
 " ¿Que falte de las almas el tributo
 " Y en triste soledad se albergue Pluto?

XV

" ¡Ah! no scrá, que aun no creo extinguidos
 " Vuestros bríos y aquel valor primero
 " Con que de hierro y fuego alto ceñidos
 " Contra el cielo luchamos todo entero.
 " No niego que en la lid fuimos vencidos,
 " Mas no faltó á la empresa ánimo fiero.
 " A otros el triunfo dió nuestra desgracia
 " Que tanto era debido á nuestra audacia.

XVI

" Mas ¿para qué os detengo ¡oh mis leales
 " Compañeros! potencia y fuerza mia?
 " Id volando, venced vuestros rivales,
 " Antes que un triunfo aumente su osadía:
 " Aquellas llamas apagad fatales
 " Antes que abrasen la region judía:
 " Id entre ellos, y en su extremo daño
 " Ora la fuerza usad, ora el engaño.

XVII

" Mi querer sea el hado. En el desierto
 " Vaguen unos errantes, otros mueran.
 " De amor lascivo en el halago incierto
 " Otros sólo una risa, un mirar quieran.
 " Que rebeldes facciosos en concierto
 " Á su jefe supremo á traicion hieran:
 " Ese ejército entero se destruya:
 " Huella no quede ni memoria suya."

XVIII

No esperan los demonios que estas voces
 Espiraran, mas salen al momento
 De los negros abismos, y veloces
 Volando van por el sereno viento,
 Cual dejan sus cavernas las atroces
 Tempestades en raudó movimiento,
 Y oscurecen el cielo y mueven guerra
 En el inmenso mar y en la ancha tierra.

XIX

Las negras alas tienden, por regiones
 Varias girando, en grupos repartidos:
 Trazan engaños, pleitos, disensiones
 Con arte suma y modos nunca oídos.
 Mas tú, Musa, dirás los campeones
 De Cristo cómo á mal fueron traídos:
 Tú lo sabes, de historia tan remota
 Solo llegó á nosotros débil nota.

XX

Regía Damasco y el país vecino
 Idráote, noble mágico y famoso,
 Que desde niño el arte de adivino
 Aprendió y siempre le siguió gustoso.
 Mas ¿qué le aprovechó, si nunca vino
 A acertar de la guerra el fin dudoso,
 Ni por aspecto de astro errante ó fijo
 O infernal signo, la verdad predijo?

XXI

Este juzgó (¡cuánto es la humana mente
 Ciega, y cuánto en sus juicios desatina!)
 Que al ejército invicto de Occidente
 Depara el cielo destrucción y ruina;
 Y más creía: que á la egipcia gente
 La preza de tanta hazaña se destina,
 Y que su pueblo con ardor desea
 Parte en el triunfo y en el lucro sea;

XXII

Mas como el franco esfuerzo en mucho tenga,
 Teme victoria haber sangrienta y cara,
 Y piensa el medio que emplear convenga
 Con que el poder cristiano se amenguara,
 Y más fácil el triunfo así se obtenga
 Con su gente y la egipcia que juntara.
 Llega, cuando esta idea le fatiga,
 El ángel malo, y más y más le instiga.

XXIII

Le aconseja y los modos le previene
 Con que su fin lograr mejor pudiera.
 Una sobrina suya fama obtiene
 De ser de Oriente la beldad primera;
 Las trazas y artes conocidas tiene
 Más ocultas de dama y hechicera.
 La llama, dale parte en su consejo
 Y de su trama encárgale el manejo.

XXIV

Dice: "Oh cara, que tienes escondido
 " Bajo la crencha de oro y faz risueña
 " Corazon varonil, juicio cumplido,
 " Y sabes cuánto el arte oculto enseña
 " Más que yo, gran designio he concebido
 " Que logrado he de ver, si no desdeña
 " Darne ayuda tu ingenio, y ejecuta
 " Del mago el plan la encantadora astuta.

XXV

" Párte al cristiano campo, y allí muestra
 " De la mujer el arte que enamora:
 " Atrae, encanta, halaga, ruega diestra,
 " Sonríe afable, apasionada llora.
 " Tan bella y en engaños tan maestra,
 " A todos prenderás en una hora;
 " A unos alienta, de otros te retira,
 " Y velo á la verdad dé la mentira.

XXVI

" Si ser pudiere, á Godofredo prende
 " Con mirar dulce y voces amorosas,
 " Tal que la guerra olvide á que ora atiende
 " Y aborrezca las armas ponderosas;
 " Si no, á los otros príncipes descende
 " A enamorar, con artes insidiosas:
 " Muévelos á discordia inconciliable.
 " Por la patria y la fe todo es laudable."

XXVII

Fiando Armida bella en su hermosura
Y en las gracias del sexo y pocos años,
Consiente, y al cerrar la noche oscura
Párte, y senderos sigue sólo extraños;
Vencer, mujer y sola, se figura
Pueblos y armada gente con amaños,
Y hace al partir que voces diferentes
Se esparzan de su viaje entre las gentes.

XXVIII

Llega en no muchos dias la doncella
Donde asienta el cristiano campamento;
Causa la aparicion tan nueva y bella
Gran rumor y atencion y movimiento,
Como cuando un cometa ó nueva estrella
Antes no vista, cruza el firmamento;
Y cada cual quién es saber ansia
La hermosa peregrina y quién la envía.

XXIX

Argos no vió jamas, ni Chipre ó Delo
De gracias y beldad tal maravilla.
De oro el cabello ya entre el blanco velo
Se trasparente ó descubierto brilla,
Cual se trasluce al serenarse el cielo
El sol, de nube cándida en la orilla,
O de ella sale, y en redor ostenta
Más vivos rayos con que el dia aumenta.

XXX

Encrespa el aura la madeja hermosa
Que en naturales rizos suelta ondea;
Avara la mirada y pudorosa,
Tesoros guarda que el amor desea;
En el dulce semblante fresca rosa
Con el marfil mezclada colorea,
Y de la boca el perfumado aliento
Azahar y jazmin esparce al viento.

XXXI

Muestra el desnudo seno aquella nieve
Do fuego de amor nace y es nutrido,
De las mórbidas pomas parte breve
Sólo, envidioso, ver deja el vestido;
Mas si la vista ataja lienzo leve,
No el pensamiento ardiente y atrevido,
Que no contento de belleza externa,
Aun á la más recóndita se interna.

XXXII

Como por agua ó por cristal luciente
El rayo pasa y no se quiebra ó parte,
Bajo el cerrado manto así la mente
Penetrar osa á la vedada parte.
Se espacia allí en la imágen bien placiente
De cuyo encanto da al deseo parte;
Mil atractivos le descubre y cuenta
Y sus vívidas llamas acrecienta.

XXXIII

Pasa admirada Armida y codiciada
Entre la ávida turba, y bien lo entiende;
No lo muestra, aunque de ello bien se agrada,
Y ricas presas, triunfos mil pretende.
Mientras buscando por quien ser guiada
De Gofredo á presencia, se suspende;
A ella llega Eustacio, que era hermano
Del jefe del ejército cristiano.

XXXIV

Como á la lumbré mariposa, vuela
Al resplandor de la beldad divina,
Y las luces mirar de cerca anhela
Que ella en dulce ademan modesta inclina,
Y á él abrasan, cual suele la candela
Árida yesca si á ella se avecina.
Dicele (que á mancebo enamorado
Los años y el amor hacen osado):

XXXV

“Señora, si tal nombre debo darte,
 “Que no pareces tú cosa terrena,
 “Ni es de Adan hija á quien el cielo imparte
 “Tanto de su esplendente luz serena,
 “¿Dónde vienes? ¿Qué buscas á esta parte?
 “¿Qué dicha tuya ó nuestra verte ordena?
 “¿Quién eres? Yo tu dignidad no ignore
 “Y como cumple tu presencia adore.”

XXXVI

Responde ella: “Ni ese honor merezco,
 “Ni á tal altura mi valer arriba;
 “No sólo mortal soy, que harto padezco
 “Muerta al gusto, á la pena solo viva:
 “Espectáculo triste al mundo ofrezco,
 “Desvalida doncella fugitiva;
 “Al pio Gofredo acudo confiada;
 “Tal su grande bondad es afamada.

XXXVII

“Guíame á ver al general cristiano,
 “Si eres, cual muestras, noble y generoso.”
 Él responde: “Razon es que un hermano
 “A el otro lleve, intercesor piadoso;
 “No será en tu favor mi ruego vano,
 “Que me oye siempre afable y cariñoso;
 “Y podrás emplear, si así te agrada,
 “De su cetro el poder y de mi espada.”

XXXVIII

Dice y la guía. En medio á los señores
 Apartado del vulgo á Bullon halla.
 Respetuosa se inclina, los colores
 De pudor en el rostro tiene, y calla.
 Complaciente Gofredo, los temores
 La alienta á deponer con que batalla,
 Tal que al fin sus doblados pensamientos
 Así expresa en dulcísimos acentos:

XXXIX

“Príncipe invicto cuya inmensa fama
 “Está en tan claros timbres sostenida,
 “Si cualquiera region feliz se llama
 “Cuando á tu noble imperio es sometida;
 “Tu valor llena el mundo, y que te ama
 “El que venciste, cosa es bien sabida,
 “Y aun tu enemigo fia en tí y no duda
 “Buscar tu amparo, é implorar tu ayuda.

XL

“Yo, aunque nacida en fe tan diferente
 “A quien venciste y humilló tu acero,
 “Por tí restituida al eminente
 “Paterno solio que he de ser espero.
 “Si otros auxilio al deudo ó al pariente
 “Piden contra el furor del extranjero,
 “Yo, que en ellos piedad no hallo ni abrigo,
 “Contra mi sangre invoco al enemigo.

XLI

“A tí clamo, en tí espero, tú á la cumbre
 “Me has de elevar de donde fuí lanzada;
 “No menor en tu diestra es la costumbre
 “De levantar que derribar airada,
 “Ni en ser piadoso hay ménos dulcedumbre
 “Que la que es en el triunfo tan buscada;
 “Si á otros mil quitó el trono tu victoria,
 “Volverme el mio te dará igual gloria.

XLII

“Si porque diferente Dios adoro
 “A mi ruego tu ánimo no accede,
 “Que me valga la fe que en tí atesoro,
 “Y no es justicia que sin premio quede.
 “Al Dios de todos por testigo imploro;
 “Más justa ayuda á nadie darse puede.
 “Escúchame y tendrás noticia plena
 “De mi desdicha y la maldad ajena.

XLIII

" Hija soy de Arbilan que el cetro tuvo
 " De Damasco. Nacido en baja cuna,
 " Por esposa á Clariela bella obtuvo
 " Y heredó de ella el reino y la fortuna.
 " Mi nacer con su muerte junto anduvo,
 " Que entre ambos no medió distancia alguna:
 " Al darme á luz murió. ¡Funesto día
 " En que espiró mi madre y yo nacía!

XLIV

" No bien el primer lustro hubo pasado
 " Desque dejó mi madre el mortal velo,
 " Cuando la muerte de mi padre amado
 " A unirse le llevó con ella al cielo;
 " De mí dejó la guarda y del Estado
 " A un hermano que amaba con gran celo;
 " Que si en pecho mortal piedad cupiera,
 " De la fe dél seguro estar debiera.

XLV

" Desde que éste de mí tuvo el gobierno,
 " De mí bien se mostró tan desecoso,
 " Que de incorrupta fe de amor paterno
 " Y gran piedad obtuvo nombre honroso,
 " Fuese que el pensamiento malo interno
 " Escondió bajo aspecto virtuoso,
 " O que sincero afecto me tenia,
 " Pues por mujer de su hijo me queria.

XLVI

" Crecí, y su hijo creció siempre ignorante
 " De armas, de cortesía ó gentileza;
 " Jamas á nobles cosas aspirante
 " Aun de otras poco alcanza su torpeza.
 " Alma vil, bajo aspecto repugnante,
 " Soberbio, avaro, cruel, todo vileza;
 " De áspero trato y condicion tan mala,
 " Que en los vicios él solo á sí se iguala.

XLVII

" Mi tutor á tan digno caballero
 " En matrimonio unirme en sí dispone,
 " Y de mi lecho y trono compañero
 " Hacerlo, con frecuencia me propone:
 " El ingenio y la lengua emplea artero
 " Porque su intento el éxito corone;
 " Mas jamas pudo á ello persuadirme,
 " Que en negar ó en callar fuí siempre firme.

XLVIII

" De mí se aparta al fin con torvo ceño
 " Que el corazon impío trasparente,
 " Y del futuro mal claro diseño
 " Su contraida frente me presenta.
 " De entónces turba sin cesar mi sueño
 " Fantástica vision que me amedrenta,
 " Mi alma se agita con horror extraño,
 " Indudable presagio de mi daño.

XLIX

" A veces la materna sombra vaga
 " Pálida y dolorosa ver creía,
 " Cuán diversa (¡ay de mí!) de la que halaga
 " Mi memoria, en retrato vista un día.
 " Huye, hija—decía—que te amaga
 " Muerte cruel, no tardes, que ya impía
 " Hierro y veneno la traidora mano
 " En tu contra prepara del tirano.

L

" Mas ¿qué (¡mísera yo!) me aprovechaba
 " Presentir el peligro ya vecino,
 " Si en mi edad tierna todo me asustaba,
 " Irresoluta, sin valor, sin tino?
 " Si huyendo desterrarme proyectaba
 " Del reino, sola, pobre, sin camino,
 " Tan duro parecíame y terrible,
 " Que la muerte juzgaba preferible.

LI

" Me espantaba la muerte, y no tenia
 " (¡Quién lo creyera!) para huirla aliento;
 " Que descubriendo mi temor, temia
 " De morir, aguijar el cruel momento.
 " Así turbada, inquieta, no vivia
 " Sino en continuo, mísero tormento,
 " Como el que espera, el cuello ya desnudo,
 " Por instantes que caiga el hierro crudo.

LII

" En tal extremo, ó sea más propicio,
 " O á desdicha mayor me guarde el hado,
 " Uno que tiene palaciego oficio
 " Y de niño mi padre habia criado,
 " De mi próxima muerte me dió indicio,
 " Ya del traidor su instante señalado,
 " A quien él mismo prometió matarme
 " Con veneno ese día propinarme.

LIII

" Agregó que salvar mi triste vida
 " Podia sólo huyendo prontamente,
 " Y si á tal medio estaba decidida,
 " Ayuda él me daria diligente.
 " Tal ánimo infundióme, que vencida
 " Mi anterior timidez, me hice valiente,
 " Y en cuanto acabe el día determino
 " Con él huir, fiándome al destino.

LIV

" Cerró la noche, más que nunca oscura,
 " Cubriéndonos con sombra favorable,
 " Que á mí y á dos doncellas asegura
 " Que mi suerte acompañan miserable;
 " Mas á los patrios muros con tristura
 " Mirando, un llanto hacía lamentable,
 " Y al dejar la querida patria mia
 " De su vista saciarme no podia.

LV

" Tras los ojos el alma se me iba
 " Y mal su grado andaba el pié adelante,
 " Cual nave que ya al puerto ansiado arriba
 " Y un turbion la arrebata en ese instante.
 " La noche y otro día, fugitiva,
 " Sin una huella ver, anduve errante
 " Hasta donde un castillo se presenta
 " Que en los confines de mi reino asienta.

LVI

" Es de Aronte el castillo. Así se llama
 " Quien me sacó del riesgo y me dió ayuda.
 " Cuando el tío traidor vió que su trama
 " Pude evitar, en cólera sañuda
 " Contra los dos su negra alma se inflama,
 " Y el crimen mismo que él pensó no duda
 " Imputarnos, y reos nos pregona
 " De lo que él quiso hacer en mi persona.

LVII

" Dijo que por mí Aronte sobornado
 " Con dones, intentó darle veneno
 " Por librarme, yaciendo él sepultado,
 " De quien ley me prescriba ó ponga freno
 " Y mi lascivo instinto desfogado
 " Saciar de mil amantes en el seno.
 " ¡Ah! que un rayo del cielo me sepulte
 " Antes, santa virtud, que yo te insulte.

LVIII

" Que avara hambre de oro y sed ardiente
 " De mi inocente sangre el cruel tuviera
 " Me duele; pero más mi pecho siente
 " Que mi cándido honor manchar quisiera.
 " Temió el impio la irritada gente
 " Y la mentira urdió por tal manera,
 " Que en duda la ciudad quedó suspensa
 " Y armada no se alzó por mi defensa.

LIX

" Ni mi trono usurpar y su cabeza
 " Ceñir con mi real áurea corona
 " Puso fin á mi daño y su fiereza,
 " Que siempre contra mí crece y se encona.
 " Amenaza incendiar la fortaleza
 " De Aronte, si él por sí no se aprisiona;
 " Y á mí y á cuantos sigan ¡ay! mi suerte
 " No guerra sólo, anuncia estrago y muerte.

LX

" Dice que eso hace sólo porque trate
 " De lavar de su rostro la mancha
 " Y recobrar su honra: que le abate
 " Calumniado ocupar la régia silla;
 " Mas temor de que un día yo arrebate
 " El cetro que heredé, es su pesadilla;
 " Que sólo con mi ruina hacerse puede
 " Que en el trono usurpado firme quede.

LXI

" Y llegará á los fines á que aspira
 " Con tanto ahinco aquel tirano impío,
 " Y con mi sangre saciará su ira
 " Pues saciarla no pudo el llanto mio,
 " Si tú no lo estorbares. Señor, mira:
 " Niña inocente y sola, en tí confío.
 " El llanto que esta triste á tus piés vierte
 " De que vierta su sangre la liberte.

LXII

" Por los piés que al soberbio y al malvado
 " Huellan, por esa mano justiciera,
 " Por tus altas victorias y el sagrado
 " Templo que tu valor ganar espera,
 " Pues solo puedes, vuélveme á mi estado:
 " Reino y vida me dé tu verdadera
 " Piedad, y no ella sola obre en tu pecho,
 " Mas mi razon te mueva y mi derecho.

LXIII

" Tú á quien concede el cielo y da el destino
 " Querer lo justo, y puedes lo que quieres,
 " La vida sólo dame, y determino
 " Que tuyo sea el reino si vencieres:
 " De todo el grande ejército latino
 " Diez caballeros solos que eligieres,
 " Con mis amigos y que el pueblo se arme,
 " Bastarán en mi trono á colocarme.

LXIV

" Háme ofrecido un noble que encargada
 " La guarda tiene de secreta puerta,
 " Abrirla y al palacio darne entrada
 " De noche, si contigo se concierta;
 " Si ayuda tú le das, por limitada
 " Que fuerá, juzga la victoria cierta
 " Más que si de otros un millar obtiene:
 " En tanto el nombre y las insignias tiene."

LXV

Dijo, y callando, la respuesta aguarda
 En actitud que muda pide y ruega.
 En silencio él tambien, dudoso tarda,
 Que con diversos pensamientos brega:
 Teme bárbaro ardid y fe bastarda
 En quien á Dios la que le debe niega;
 De otra parte piedad le solicita
 Que en generoso pecho siempre habita.

LXVI

Ni solamente su bondad nativa
 Le hace que á socorrerla se prevenga;
 Más el provecho grande que deriva
 De que el imperio de Damasco obtenga
 Quien en su mano siendo, le apereiba
 Medios de que á sus fines presto venga
 Dándole oro y armas y soldados
 Contra la hueste egipcia y sus aliados.

LXVII

Miéntras fija en la tierra la mirada,
 Duda y vacila con incierta mente,
 Ella atenta le observa y agitada:
 De su accion, de su gesto está pendiente.
 Ya juzga la respuesta retardada
 Y suspira afanosa é impaciente;
 Niega él al fin la gracia que demanda,
 Pero cortés y con respuesta blanda:

LXVIII

" Si el servicio de Dios que aquí nos llama
 " Nuestras espadas hoy no requiriera,
 " Emplearlas en socorro de una dama
 " Cortesía y deber nos pareciera;
 " Mas la grey libertar que opresa clama
 " Y el santo muro es nuestra ley primera:
 " Amenguar nuestra gente no debemos,
 " Pues la victoria así retardaremos.

LXIX

" Yo te prometo (y dello será prenda
 " Mi fe con que vivir puedas segura)
 " Que si á Salem de la opresion horrenda
 " En que hoy gime sacamos por ventura,
 " A volverte tu reino luego atienda
 " Nuestro valor y acabe tu amargura.
 " Si la piedad por tí mi pecho mueve,
 " Impío falto á lo que á Dios se debe."

LXX

A estas palabras inclinó ella al suelo
 Los bellos ojos y calló algun tanto;
 Al alzarlos, de lágrimas un velo
 Los cubre, y dice entre doliente llanto:
 " ¡Ay infeliz! ¿A qué otra diera el cielo
 " Vida tan dura y tan tenaz quebranto?
 " Más bien que suavizar mi suerte cruda,
 " La alma más noble y más piadosa, muda.

LXXI

" Ya esperanza no hay; me quejo en vano;
 " Piedad ya en pecho humano no se abriga.
 " Lo que me niegues tú, de aquel tirano
 " ¿Podré esperar que mi dolor consiga?
 " No tu dureza acuso, si tu mano
 " Leve socorro no me otorga amiga:
 " Acuso al cielo contra mí terrible,
 " Que á compasion tu pecho hace insensible.

LXXII

" No tú, señor, tan bueno y generoso,
 " Me deniegas la ayuda apetecida,
 " Mas mi fatal destino rigoroso
 " Que ojalá me arrancara de esta vida.
 " Poco estimó quitarme el amoroso
 " Paterno apoyo, aun en la edad florida,
 " Si del reino tambien no me privara
 " Y á infeliz cautiverio me enviara.

LXXIII

" Y pues la ley á que tu honor atiende
 " No consiente en mi auxilio demorarte,
 " ¿A quién puedo acudir? ¿Quién me defiende?
 " ¿De aquel malvado huyo hácia qué parte?
 " No hay para mí refugio; que se extiende
 " A todo su poder. ¿A qué cansarte,
 " Desdichada mujer? Huirás en vano
 " La muerte: más bien détela tu mano."

LXXIV

Aquí calló: de dignidad herida
 Su semblante real indicio daba,
 El pié volviendo, ordena la partida:
 Su actitud conmovia y admiraba:
 Cual de ira y de dolor á un tiempo henchida,
 Sin contenerse el llanto desataba;
 Parecian sus lágrimas al verlas
 A los rayos del sol, liquidas perlas.

LXXV

Con ellas rociadas sus mejillas
 Por donde en hilos límpidos bajaban,
 Blancas, rojas y frescas florecillas
 De la lluvia regadas semejaban,
 Cuando al alba risueñas y sencillas
 De abrir el pudoroso seno acaban:
 El alba al verlas, se enamora y siente
 Deseo de ceñirlas á su frente.

LXXVI

Corre el humor purísimo sin tasa
 La faz y el albo seno embelleciendo.
 Efecto hace de fuego, pues abrasa
 Mil anhelantes pechos. Estupendo
 Milagro del Amor, que ya traspasa
 A el agua lumbre con que va encendiendo:
 Sobre natura su poder ostenta,
 Siendo ella quien le cria y le sustenta.

LXXVII

En muchos causa aquel dolor fingido
 Verdadero dolor que tierno llora,
 Y el corazon más duro, enternecido
 Dice: pues que resiste á quien le implora
 Gofredo, debe ya de ser nacido
 De hircana tigre, ó roca, ó destructora
 Onda del mar, ingobernable y ciega,
 ¡Cruel! que á tal beldad su auxilio niega.

LXXVIII

Mas el jóven Eustacio en quien apuran
 La compasion y amor su fuego ardiente,
 Miéntas callan los otros ó murmuran,
 Adelantándose habla así audazmente:
 “Señor y hermano, con razon censuran
 “ De sobrado tenaz tu dura mente
 “ Quienes ven que al que en cuita pide y ruega
 “ Nunca flexible un tanto se doblega.

LXXIX

“ No digo que los príncipes que tienen
 “ Los pueblos á su cargo encomendados,
 “ Del empeño se aparten que sostienen
 “ Y su oficio abandonen descuidados;
 “ Mas de entre los guerreros que aquí vienen
 “ A la aventura, libres, no ligados
 “ Como los otros, elegir podrias
 “ Diez que á la justa empresa enviarias;

LXXX

“ Que de Dios al servicio bien se aplica
 “ Quien á inocente huérfana defiende:
 “ Grato al cielo ha de ser quien le dedica
 “ Despojos de un tirano que le ofende;
 “ Y aunque en la empresa la ventaja rica
 “ Que de bien acabarla se desprende,
 “ No hubiera, yo el deber no pongo en duda
 “ De á dama desvalida dar ayuda.

LXXXI

“ ¡Ah! no querais que en Francia ora se diga
 “ O donde cortesía sea preciada,
 “ Que de riesgo excusamos ó fatiga
 “ Por ocasion tan justa y tan honrada.
 “ Por mí, depongo aquí yelmo y loriga;
 “ Ni enristrar lanza, ni ceñir espada,
 “ Ni armas vestir, ni cabalgar ya quiero,
 “ Ni aun el nombre usurpar de caballero.”

LXXXII

Así habla y se percibe claro el ruido
 De voces mil que unánimes aprueban
 El parecer por justo y advertido,
 Y suplicantes á Bullon se elevan.
 “ Cedo—dice él—y dóyme por vencido,
 “ Que tantos juntos la opinion se llevan;
 “ Tenga esta dama, pues, lo que pedia,
 “ Por vuestra voluntad, no por la mia.

LXXXIII

“ Mas si á Gofredo dais crédito alguno,
 “ Templad vuestros afectos impetuosos.”
 Sólo esto dice y basta á cada uno,
 Que lo otorgado aceptan animosos.
 ¿Qué no puede una hermosa si oportuno
 Llanto junta á los ruegos amorosos?
 De sus labios cadena de oro pende
 Que á su antojo las tiernas almas prende.

LXXXIV

A ella se acerca Eustacio, y dice: “Ahora
 “ Cesen, doncella hermosa, tus dolores;
 “ Tal socorro tendrás ya sin demora,
 “ Cual requieren y piden tus temores.”
 Risueña le oye Armida encantadora
 Y serena los ojos seductores
 Cuya belleza enamorara al cielo
 Al enjugarlos con el rico velo.

LXXXV

En dulce voz y suave acento tierno,
 Gracias da por tan alta cortesía
 Que, dice, sabrá el mundo, y que en eterno
 Recuerdo el pecho suyo guardaría.
 No bastando la lengua el gozo interno
 A expresar, su semblante lo decía;
 Mas lo que intenta oculta de manera
 Que de ella nadie sospechar pudiera.

LXXXVI

Viendo, pues, que fortuna favorable
 Lleva hasta allí su bien fraguado engaño,
 Antes que falte su favor instable,
 Resuelve consumir el grave daño,
 Y con dulce reir y estilo afable
 Circe ó Medea en artificio extraño,
 Voz de sirena, angélica, sentida,
 La mente adormecer más advertida.

LXXXVII

Las artes todas de su sexo emplea
 Con que ganando vaya un nuevo amante,
 Sin que á todos la misma siempre sea,
 Mas las acciones cambia y el semblante:
 Ya pudorosa parecer desea,
 Ya alborozada, ardiente y anhelante;
 Al tardo aguija, al fervido contiene,
 Segun á su propósito conviene.

LXXXVIII

Si alguno ve que de su amor retrae
 El alma, y desconfiado se refrena,
 Con amorosa risa á sí lo atrae
 Dulce mirar y leda faz serena.
 A quien no espera ó tímido decae,
 Le anima, de pasión y de alma llena,
 E inflamando las ansias amorosas,
 Las dudas desvanece recelosas.

LXXXIX

Si alguno audaz el límite traspasa
 Del amor al impulso que le ciega,
 Séria se muestra y de cariño escasa,
 Respeto impone y el ardor sosiega.
 Mas bajo el ceño siempre dulce pasa
 Mirada que concede lo que niega
 El labio, y la esperanza así no mata,
 Más seductora cuanto más ingrata.

XC

Triste suele apartarse alguna hora,
 En el rostro mostrando y las acciones
 Hondo pesar, y aun afligida llora;
 Serenas luego muestra las facciones,
 Y con mudanzas tales enamora
 Los tiernos ardorosos corazones:
 Tempa de amor las flechas en el fuego
 De compasión y da la muerte luego.

XCI

Tal vez, como quien muda el pensamiento
Y se abandona á una esperanza nueva,
Brilla en su frente celestial contento,
Y parece que Amor su pecho mueva.
Disípanse las sombras al momento,
Rayos del sol en sus miradas lleva,
Risa alegre en sus labios aparece
Y del pesar la huella desaparece.

XCII

Pero mientras gozosa y placentera
Con su dulzura el corazón embarga,
Cual si el alma del pecho se partiera,
Algo en aquel placer hay que le amarga.
Amor cruel en copa lisonjera
Mezcla absintio á la miel si nos la alarga;
Y á un tiempo mismo envía á los mortales
Medicina y dolor, bienes y males.

XCIII

En tan contrario temple, en hielo y fuego
En risa y llanto, en miedo y esperanza,
Armida triunfa, hace de todos juego
Y sus designios cautelosa avanza.
Si acaso alguno con doliente ruego
El remedio le pide que no alcanza,
Finge como en amor niña inexperta
No entender lo que ve en el alma abierta,

XCIV

O ya los ojos vergonzosa inclina
Y el rubor en su rostro se aparece:
En rosicler su faz alabastrina
Del ingenuo pudor la vista ofrece,
Como en la fresca hora matutina
De Aurora ver el rostro nos parece.
Del enojo el color se muestra junto
Con el de la vergüenza en solo un punto.

XCV

Si en alguno descubre claro intento
De mostrarle de amor la llama viva,
Ya huye y le burla, ya por un momento
De hablar le da ocasion que luego esquiva;
Tiénele entre placer y cruel tormento,
Esperanza le da ó de ella le priva;
Déjale al fin cual cazador rendido
Que la seguida huella haya perdido.

XCVI

Estas las artes son y los ardides
Con que mil almas seducir lograra,
Estas las armas que de amor en lides
Usar sabia con destreza rara.
¿Qué maravilla que á Teseo y Alcides
Y á Aquiles el Amor encadenara,
Si guerreros por Dios mismo elegidos
Tiene el impío á su poder rendidos?